

En defensa de las lenguas minoritarias

(o la lucha contra la uniformidad)

Es comprensible que en el debate acerca del nacionalismo —polémica apasionada muchas veces— aparezcan opiniones que pueden ser calificadas como inoportunas, cuando menos; pero lo que ya no alcanzo a comprender es la serie de palabras airadas, sangrantes tanto para los idiomas oprimidos como para el propio ideario libertario, que lanza Antonio Moreno en el «CNT» de abril. No pretendo teorizar sobre el «hecho nacional» —diferente del concepto de «nacionalismo»— ni explicar algo tan elemental como para poder autodenominarnos «internacionalistas» es condición necesaria que existan naciones, independientemente de cómo sean definidas éstas. En general, la crítica hecha por Antonio Moreno a las lenguas de los pueblos se apoya sobre las eternas piedras de toque, tan manoseadas por aquellos doctrinarios que pretenden hacer de la ética anárquica una ideología. Me refiero a esa suerte de letanías vacías de contenido por cuanto que son presentadas en una voluntaria confusión de pretendidos sinónimos: patria, clero, dialecto, religión, etcétera; amalgama de palabras de una gran utilidad cuando se pretende ocupar líneas de prensa sin decir nada.

Decir que la burguesía está interesada en la potenciación de las lenguas minoritarias es desconocer que las tendencias de toda organización jerárquica son la unificación y la centralización, tanto en el terreno lingüístico como en otros. Gracias al padre Capital y a la madre Jerarquía, en todo el mundo llamado «civilizado» se va imponiendo la unidad, desde la gastronomía al uso que se hace del tiempo de ocio (es la «cultura» de la hamburguesa y la máquina de marcanos) y —si todo sigue así— en breve un idioma único nos hará entendernos a todos: el inglés. La lucha contra todo lo que significan el unitarismo y la centralización, barreras para un proyecto federal que se asiente sobre comunidades autónomas, ha sido desde siempre una labor del movimiento libertario.

Es cierto que el idioma ha sido proclama de bastardos intereses y pretexto para anexiones imperialistas, como refleja el caso del pangermanismo hitleriano; pero también es cierto que los regímenes más criminales de la historia se izaron en nombre de la libertad y, muchas veces, plebiscitariamente. Pero este afán expansionista y esta criminalidad no son, sino características de la organización social y de ninguna manera consecuencias naturales de la lingüística o de la libertad; y, por ende, así como no tenemos por qué renunciar al uso del vocablo «libertad» tampoco lo tene-



mos para dejar de expresarlo en la lengua que deseamos. El propio detractor de las lenguas de los pueblos ensalza el anarcosindicalismo, es decir, el sindicato como estructura que prefigura una sociedad a la que se aspira. Pues bien, ¿por qué no renuncia al sindicalismo habida cuenta de que, por ejemplo, Franco lo utilizó para organizar corporativamente su Estado? Parece que nuestro uniformador sólo distingue la realidad del pretexto político cuando le conviene.

El proyecto esperantista necesita difusión y apoyo para así poseer un código útil para muchos pueblos, pero debe ser combatido si lo que se pretende con él es ocupar el status que hoy detentan inglés, francés y castellano —este último en menor medida—. Es necesario que distingamos entre un código de comunicación y las lenguas de expresión, ya que estas últimas son condicionantes y consecuentes de una serie de usos, costumbres y estructuras mentales de los pueblos que las utilizan. Estas lenguas son patrimonio del mundo entero y sus depositarios —catalanes, armenios, vascos o gitanos— son responsables ante la humanidad de esa riqueza cultural por cuanto que todo uso (y la lengua es un uso de completa estructura) es fruto de la superposición de historia, sangre, opresión y libertad de los distintos pueblos que sobre el planeta han existido y existen.

De otro lado, haciendo el papel de «abogado del diablo», se puede comprobar que en comunicación —como en casi todo— cualquier ley es relativa y que el oprimido puede estar en cualquier parte y serlo por las causas teóricamente más emancipadoras. Me explicaré. No hay que olvidar que el esperanto es un artificio eurocentrista en cuya elaboración no se han tenido en cuenta, por ejemplo, los caracteres cirílicos o los fonemas árabes, por lo que en su desarrollo po-

dría estar relegando a un gran sector de la especie humana, pudiendo ésta sentirse oprimida. Por otra parte, la hipotética universalidad de dicho código es despreciable si se lo compara con el lenguaje matemático, los impulsos eléctricos o el lenguaje musical. Incluso se piensa que, de existir seres extraterrestres, será con un código matemático como se intentará la comunicación con ellos. Así que, para ahorrar esfuerzos e incomprendidos y para demostrar nuestra solidaridad «intergaláctica» si se tiene tal ocasión, mejor es estudiar álgebra que un código lingüístico. Repito de nuevo que esta exposición es una reducción al absurdo y de ninguna forma un ataque al esperanto.

También hemos de negarnos al juego de quienes, utilizando clasificaciones autoritarias exentas de todo carácter científico, pretenden hacer hincapié en la gran diferencia entre las «lenguas» y los «dialectos» para, así, aceptar unas y no los otros, aplicando la vieja ley del «mal menor». Para situarnos en la polémica, podemos calificar a un habla como «dialecto» cuando sea una forma peculiar de usar una lengua, como cualquiera de los castellanos que se hablan por todo el mundo. Pero, de ninguna manera podemos aceptar una clasificación basada en el número de hablantes, porque esta ley del número no hace sino negar un derecho inalienable cual es el de la libre expresión, que no sólo hace referencia al contenido de un mensaje, sino también a la forma empleada. Así, por ejemplo, el castuío de Extremadura es un dialecto, pero ¡jojo!, no del castellano sino del tronco asturleonés; como las lenguas castellanas, asturiana o catalana lo son del desaparecido latín.

Supongo que para Antonio Moreno habrá sido terrible el verse obligado a escribir en castellano (salvo que olvide que no sólo es la lengua de un país —Castilla—, sino también el idio-

ma oficial de un Estado). Defender el esperanto en castellano es similar a criticar el parlamentarismo en las Cortes o la alineación en una sacristía. Y es que con gran frecuencia, y sin darnos cuenta muchas veces, la crítica de las lenguas

y de las naciones encubre un burdo nacionalismo y una apología de las lenguas imperiales. Esta confusión lleva a barbaridades tales como definir un órgano como «Coordinadora Estatal», fruto de no querer llamar nación a España y de no atreverse a llamar naciones a los países que la constituyen, pasando por alto que «estatal» hace referencia a una organización y no a un territorio. Imaginemos simplemente que los anarcosindicalistas españoles se agrupasen en la Confederación Estatal de Trabajadores y comprenderemos a lo que lleva la «ortodoxia» léxica.

Antonio Moreno asegura que un libertario no puede comprender cómo otro libertario defiende ideas cargadas de oprobio. Yo sí lo comprendo, pero no lo comparto. No comparto la idea de la defensa de la unificación lingüística vertical, cuando sólo de la diversidad nacen la igualdad y la libertad; no comparto la idea de entregar el anarco-

sindicalismo —con respeto—, la exclusividad de la ética ácrata; no comparto la idea de criticar las lenguas nacionales en castellano, cuando éste fue —con respeto hacia Castilla— el idioma impuesto en medio mundo por un Estado colonial y genocida; no comparto la idea de que las naciones son barreras para el internacionalismo, cuando «internacional» significa «entre-naciones» (salvo que se esté creando una internacional obrera de Estados), etcétera.

Somos muchos, libertarios o no, los que nos hemos sentido relegados por usar nuestra lengua ecológica, a muchos nos putearon maestros y curas por no hablar bien el idioma oficial; a algunos les han reprimido con violencia —como a una niña vasca a la que su maestro le cortó el frenillo de la lengua con la punta de un compás mientras con la otra le sujetaba el miembro, y no durante el reinado de Felipe V o Primo de Rivera sino en 1967—. Todos los libertarios creemos en la comunicación y en el código que la haga posible, pero los que somos tesoreros de una parte de la cultura de la humanidad no estamos dispuestos a desfilfarrarla y no vamos a renunciar al gallego, al rumano, al baile ni al griego. Tampoco aceptamos que un iluminado cualquiera venga a impedir el «oprobio» en el que pecan los colectivos que quieren hablar su lengua —eso queda para falangistas que están dispuestos a salvar a España aunque ésta libremente desee suicidarse—. Y, desde luego, no apostamos por el unitarismo que ahoga la vida, que es lo que pretenden los «ortodoxos» de una idea que jamás pretendió ser dogmática.

David M. Rivas



Necrológica

Ha muerto Angel Torregrosa Zapata

En uno de los centros para enfermos crónicos de las cercanías de Madrid falleció hace diez días nuestro compañero Angel Torregrosa Zapata, tras largos años de internamiento en el citado centro.

Nuestro compañero, Paíto para los íntimos, perteneció al sindicato de la construcción antes de la guerra del 36 y al término de la misma padeció casi consecutivamente dos condenas: la de guerra y posteriormente otra como consecuencia de sus actividades clan-

destinas dentro del movimiento libertario, totalizando en ellas muchos años de prisión. Angel pasó por diversas cárceles: Yserías, Ocaña, San Miguel de los Reyes y finalmente Burgos, de donde salió en libertad, para ingresar a poco en el centro sanitario donde fallecería, dado su precario estado de salud.

Angel Torregrosa era un duro de la organización, un hombre de acción, de la estirpe excepcional de los militantes formados en la lucha no menos excepcional de ese

periodo. Pero era a la vez una persona muy entrañable, cordial y de gran humor para cuantos le trataban con asiduidad, y por ello querido por los amigos y compañeros. Angel Torregrosa fue, en resumidas cuentas, uno de esos militantes semianónimos que constituyeron la grandeza y la gloria de la CNT en todos los tiempos. Por supuesto que cuantos le conocimos y vivimos con él horas amargas no le olvidaremos. Hasta siempre, amigo.

J. Gómez Casas

**POR UN «CNT»
QUINCENAL,
SUSCRIBETE**